

50
m

EDICIONES
IDEALES



NOCHE TRAS NOCHE

GEORGE RAFT
MAE WEST
C. CUMMINGS
W. GIBSON

EDICIONES IDEALES

—

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis **Ediciones BISTAGNE BARCELONA**

Año I

Número 9

Noche tras noche

Interesante asunto, interpretado por GEORGE RAFT,
C. CUMMINGS, W. GIBSON, MAE WEST y
A. SKIPWORTH.

Dirección de ARCHIE MAYO

Es un film **PARAMOUNT**



Distribuido por
PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91
BARCELONA

Argumento narrado por **Ediciones Bistagne**

Noche tras noche

Argumento de la película

I

José Antón, un boxeador que había logrado ganar más dinero que fama, compró en pública subasta aquella aristocrática mansión situada cerca del Broadway y la dedicó a club nocturno, uno de esos innumerables clubs nocturnos clandestinos que la ley seca hizo nacer en Nueva York con inaudita profusión, pues en ellos se bebía tan copiosamente como si no existiese la prohibición con la sola diferencia de que se pagan unos precios exorbitantes por las bebidas más corrientes y más infames.

El negocio era excelente y José Antón dió el carpetazo a sus aficiones pugilísticas para dedicarse de lleno a aquél.

El público que frecuentaba su establecimiento era un público heterogéneo. Allí se encontraba al opulento banquero junto al timador de profesión, a la distinguida dama y a la cocota de postín, igualados todos por una capa de elegancia más o menos superficial. Y, naturalmente, siendo tan elegante la clientela, el marco en que ésta había de desenvolverse era elegantísimo también, conservando en gran parte el carácter que tenía antaño, cuando era la morada de una familia de la aristocracia neoyorkina que había venidoa menos de tal forma, a causa de la crisis industrial, que habían sido embargados todos sus bienes y sacados en pública subasta para pagar a los acreedores.

Desde que José Antón había dejado el boxeo para dedicarse de lleno a aquel negocio, le había dado por elegantizarse y refinarse. Sobre todo desde que había descubierto en su club la presencia de una misteriosa mujercita que hacia dos noches acudía

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

MPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 155 - Teléfono 76507

a él y se pasaba las horas enteras contemplando aquel ambiente desde una mesita de un rincón solitario.

El misterio que la envolvía había conseguido cautivar poderosamente a José. ¿Quién sería aquella mujer? ¿Por qué en su rostro había siempre una sonrisa llena de amargura?

Algo había en ella que le decía a José que no se trataba de una mujer vulgar, de una de aquellas elegantes busconas que pululaban por su establecimiento. ¡Tenía una distinción tan maravillosa en sus maneras y vestía con tanta sencillez, pero con tan innata elegancia!...

José Antón había llegado a enamorarse románticamente de ella, aun cuando él era un hombre de lo más positivista que se conocía, y, por lo tanto, de lo menos propenso a romanticismos de ninguna especie. Pero el amor es siempre incongruente, y gusta de las complicaciones espirituales más absurdas, y así se le ocurrió clavar sus dardos en el corazón de José Antón, poniéndole ante sus ojos aquella criatura seductora.

Y el ex boxeador, atrevido siempre con las mujeres, veíase como cohibido en presencia de su misteriosa cliente, a la que jamás había osado dirigirle la palabra. Lo cual no implicaba para que él se preocupara de hacerse digno de ella, colocándose a la altura moral e intelectual que le suponía a la bella muchacha.

Para comenzar, habíase proporcionado una profesora, con cuyas enseñanzas esperaba conseguir en muy poco tiempo la cultura de que se hallaba faltó.

Por su parte él ponía toda su buena voluntad en alcanzar rápidamente esa cultura, y así no era extraño verle a veces tratando de meterse en la cabeza el texto de graves libros de filosofía que, por más que se esforzaba, no lograba comprender.

II

José tenía como lugarteniente suyo, o como si dijéramos como segundo, de a bordo de aquella nave anclada en el corazón de Nueva York, de la que él era capitán, a un tal Leo, un buen camarada suyo, un hombre de su misma extracción social, bastante mayor que él, y el cual había sido, en sus tiempos de púgil, su manager.

Leo se preocupaba más del negocio que el propio dueño de éste, y a veces le reñía a Antón porque lo descuidaba algo.

Leo era un hombre insustituible para José Antón, pues lo mismo le hacía de encargado del club que de incondicional ayuda de cámara.

Leo estaba encargado de entrarle a José el desayuno todas las mañanas o, mejor dicho, todas las tardes, pues raro era el día en que el ex boxeador se levantaba antes de las doce.

Una de estas tardes cualquiera, como de costumbre, entró Leo en la alcoba de su jefe y amigo, con el desayuno y el periódico, que José ojeó, fijándose en una noticia que decía así:

"UNA OPINION DE EINSTEIN:

El célebre sabio declara que las riquezas retardan el progreso del hombre.

La acumulación de riquezas, lejos de contribuir al progreso humano y a la felicidad general, es contraria al adelanto del hombre por cuanto tiende a embotar su iniciativa.

Leo, incapaz de imaginar que su amigo leyese cosas de tal trascendencia, le preguntó si leía la reseña del match Walker-Red-Nolan.

José no le contestó, pues la autorizadísima opinión de Einstein le había dejado ensimismado. ¿De modo que si él seguía acumulando dinero no lograría progresar intelectualmente?

Preocupado con esta idea saltó del lecho y se dió un baño perfumado, pues José Antón no perdonaba exquisitez alguna.

Después, mientras se peinaba, dijo, como hablando consigo mismo:

—¿Vendrá esta noche?

—¿Quién? ¿Iris? — preguntó Leo.

—No; no me refiero a Iris, sino a ella.

—¿Y quién es ella?

—¡Ella! La que siempre está sola.

—¡Bah! ¡Qué bobo eres! Te preocupa una mujer que ni su nombre sabes.

—Precisamente por eso. Me intriga ver cómo se sienta allí.

—¿Y cómo se sienta?

—No sé; de un modo que enamora.

—Sí; ya caigo. Es una de esas que enamoran hasta sentadas.

Llamaron al teléfono, poniéndose Leo al aparato.

—Mc.Fadden pide el reservado—le dijo a su amigo, tapando con una mano el micrófono.

—No se lo cedo—respondió José.

—Piensa que es Mc.Fadden el promotor y que gastaría un par de miles.

—He dicho que no!

—¡Dos mil dólares al agua! ¡Adiós mi dinero!

—¡No piensas más que en el dinero!—exclamó José con rabia, pensando que su amigo, según la teoría de Einstein, no tendría nunca talento.

—¿Y tú? ¿No es por ganarlo que estás aquí?

—¡Quién sabe!—respondió, pensativo, José.

Y tras una pausa preguntó:

—¿Cuánto me darían si vendiera esto?

—¿Qué dices?

—Que ya me fastidia el olor del mosto, el ruído, los borrachos. Estoy perdiendo lastimosamente el tiempo.

—Pero... ¿tú estás loco? ¿No tienes el mejor establecimiento de Nueva York? Recuerda que hace poco eras un boxeador de mala muerte. ¿No es esto adelantar bastante?

—¡Bah! Me aburre todo esto, y lo vendería de buena gana.

Metióse en la cama nuevamente José y se hizo servir el desayuno por Leo, que creía firmemente que su amigo había perdido el tiempo.

Llamaron a la puerta del cuarto. Abrió Leo y entró Iris Dawn, una artista de un cabaret de baja estofa, que había sido amante de José y que ahora sufría de celos y despecho al ver que él no hacia caso de ella y presumiendo que otra mujer le robaba su cariño.

Iris era una mujer de armas tomar, capaz de cometer las mayores atrocidades por el querer de un hombre, y José, que sabía cómo las gastaba su ex amante, puso cara de espantado al verla.

—Buenas tardes, simpático. ¿Tomó ya usia el baño?—le dijo, con guasa corrosiva. Y como él permaneciera absorto, mirándola con cierto recelo, le invitó: —Vamos, sonríete. Soy yo, hombre.

—Ya lo veo—respondió José.

—Si, ¿eh? ¿Y a qué viene esa cara? ¿Has soñado conmigo?

José rió, con risa forzada.

—¿Cómo es que estás tan alegre, Iris?—le preguntó, sarcástico.

—Efecto de tres cocteles, prenda.

—¡Oh! Bebes demasiado. ¿Es que quieres acabar alcoholizada?

—¡Je, je! Oye, rico: ¿dónde predicas el domingo?

—Déjate de bromas. ¿Sabes qué parecerás dentro de diez años si sigues así?

Ella se sentó al borde de su cama, y le dijo, zalamera:

—Pero tú me querrás siempre, ¿verdad, José?

—¿Por lo lista?—preguntó él, socarrón.

Ella se irguió, como si le hubiese mordido una víbora.

—No soy tonta, ¿sabes? y quiero que ahora mismo me digas qué pasa.

—Nada; absolutamente nada.

—Sí, sí; pasa algo. Siento que me roban algo que es mío, ¿lo entiendes?

El hizo un gesto de malestar al ver que ella le rodeaba el cuello con los brazos.

—Vamos, mujer; vete, que me voy a vestir.

—¿Y qué?—arguyó, retadora.

—¿Es que no me has oido? Que voy a vestirme.

—¡Caray, niño! ¡Qué remilgado te has vuelto!

Leo, que habíase marchado al llegar Iris, abrió la puerta del cuarto y permaneció junto a ésta, dándole a entender a la muchacha que debía marcharse.

—¡No me gusta que me señalen la puerta!—dijo Iris, con rabia.

Y se marchó rápidamente.

Apenas desapareció Iris, José saltó de la cama y comenzó a vestirse.

—¡Ahí está Frankie Guard!—le dijo Leo a su amigo—. Viene con dos más.

La noticia hizo fruncir el entrecejo a José.

—Dile a Blainey que venga—le ordenó a su lugarteniente.

Sonó el teléfono.

—¿Quién le llama?—se oyó preguntar a Leo.

Era Mandie, otra mujer de las que habían amado a José, que preguntaba por él. Leo le respondió que estaba viendo un partido de fútbol a aquellas horas, por lo que Mandie contestó que llamaría nuevamente a la noche.

—¡No quiero nada con mujeres!—declaró José, disgustado.

—¿Ni con Mandie?—le preguntó Leo.

—Ni con Mandie; y eso que, después de todo, siempre fué muy buena conmigo.

Cuando llegó el llamado Blainey, que era el matón del establecimiento, José abrió un armario empotrado en la pared, el cual estaba lleno de rifles y de pistolas, y cogiendo tres de éstas entregó una a cada uno de sus amigos y él quedóse con otra.

Y con las manos en los bolsillos, disimulando que empuñaban dentro de ellos el arma, fueron al encuentro de Frankie Guard y sus dos hombres.

La precaución de las pistolas era necesario, pues Guard y los suyos eran hombres de cuidado.

Cuando estuvieron frente a frente los seis hombres, se miraron con recelo, pero al darse cuenta los de Guard que habían de vèrselas con unos sujetos dispuestos a no acobardarse, cambiaron de expresión, mostrándose amigables con ellos.

José los hizo pasar a un salón, entrando también con ellos Blainey y Leo, el cual cerró la puerta con llave y se guardó ésta.

—Usted dirá, Frankie—le dijo serenamente José al matasiete.

—Jimmy Gastón y su gente están furiosos contra usted—empezó a hablar Guard—. Dicen que se han quedado sin clientela, desde que usted abrió esta casa, ¿comprende?

—En otras palabras: que debo cerrar, ¿no es así?

—¡No, hombre, José! No se trata de luchar con usted.

—¿Entonces?

—Lo que queremos es comprar esto.

El rostro de José iluminóse de alegría. ¡Si era lo que él estaba deseando!

—¿De veras? ¿Y cuánto dan?

—Cincuenta mil dólares.

José movió negativamente la cabeza. Era muy poca cosa.

—Quiero doscientos cincuenta mil.

—¡No bromee, hombre!

—Es mi último precio—insistió José, con firmeza.

Frankie Guard se levantó de su asiento, dispuesto a marcharse, diciendo:

—Siendo así... pueden darle un susto cualquier noche de éstas.

—¡Qué gracioso! Oiga, Frankie: ¿querría usted hacerme un favor?

—¿Cuál?

—Dígale a Jimmy Gaston y su pandilla, que cuanto antes vengan, mejor. Y que hasta con flores los recibiré.

Guard sonrió socarronamente.

—A propósito de flores—dijo—; ¿cuáles prefiere usted para su entierro?

—Todas... menos lilas—respondió José, sin intimidarse.

—Está bien; lo tendremos presente.

Y los tres perdonavidas se marcharon, fracasados.

—Bueno, Blainey; a tu trabajo—le dijo José al matón de su casa, dándole a entender que ya no lo necesitaba.

—Perro que ladra, no muerde—le dijo a Leo, refiriéndose a Guard. Y luego le preguntó: —Oye, ¿no ha venido la Jellyman?

—Está esperándote.

—Dile que venga.

La Jellyman era la profesora de José, una mujer gorda, cincuentona, que vivía de las lecciones que daba a particulares. Era amable, comprensiva y simpática.

La labor que se había impuesto, por unos cuantos dólares, de convertir en un hombre culto a José Antón, era bastante penosa. Y eso que el muchacho, como ya hemos dicho, ponía de su parte cuanto podía para hacérsela lo menos difícil posible, mostrándose aplicado y poniendo sus cinco sentidos para tratar de asimilar sus enseñanzas.

La señora Jellyman escogía cualquier tema, al azar, y lo iba desarrollando con su discípulo, haciendo que éste le manifestase todas las objeciones u opiniones que el tal tema le sugiriese.

El día anterior habían hablado de Carnegie. Y como que Antón era la primera vez que oía tal nombre, su profesora hubo de explicarle su vida y las grandes obras filantrópicas que había realizado.

Aquel día continuaron con el mismo tema.

—Dió un dineral para bibliotecas, ¿verdad?—inquirió José, pues era lo único que recordaba de la vida del gran hombre.

—Justamente.

—Quería que la gente leyera, ¿eh?

—Es presumible que así fuese — respondióle con ironía la maestra.

—Por lo que se ve era un tío listo.

—Querrá usted decir que era un hombre inteligente—le corrigió la profesora.

A Antón le causó sorpresa enterarse de que cuanto Carnegie había sido habíalo logrado por su propio esfuerzo.

—Triunfó por su valor, honradez, perseverancia y clara visión de las cosas y de la vida—le dijo la señora Jellyman a su discípulo.

Leo llegó en aquel momento a preguntarle a José una cosa sin importancia.

—Hombre, Leo; ¡no me molestes! Estoy en clase—le respondió José.

Leo se marchó, amoscado, murmurando algo entre dientes.

José Antón disculpó a su amigo, diciéndole a la señora Jellyman, sonriente:

—Este Leo no tiene visión clara de las cosas.

La profesora le dió a leer un artículo que trataba sobre la conferencia de Lausana.

José leía torpemente y a cada momento incurría en equivocaciones.

—¿Qué tal?—le preguntó a su maestra, cuando acabó la lectura.

—¡Oh! Admirablemente. Pero debe usted pronunciar mejor.

III

Llegada la noche, la casa de José Antón, apacible y callada durante el día, se llenaban de gente, de ruidos, de charlas, de risas y de músicas.

José Antón andaba de un lado a otro, saludando a lo más selecto de su distinguida clientela.

Aquella noche se encontró junto al mostrador del bar a un caballero, asiduo parroquiano suyo y diputado demócrata.

Le saludó y le preguntó a bocajarro, para darse importancia de hombre entendido en cuestiones de alta política:

—Qué, señor Wilson; ¿qué me dice usted de la conferencia de Lausana? ¿Harán algo esas naciones o será pura charla?

—¡Hombre!... Hablando se entiende la gente... y las naciones—respondió el caballero, a quien José había puesto en un grave aprieto con su pregunta.

—¡Buena idea! No se me había ocurrido—respondió José—. Hasta luego.

Bromeó con una cliente y fué después en busca de Leo, que se hallaba a la otra parte del redondo mostrador del bar.

Desde allí descubrió a la mujercita misteriosa que había conseguido hechizarle con su fascinadora belleza, sentada sola en una mesita de un rincón, contemplando aquel ambiente con una sonrisa triste.

Leo le dijo que acababa de telefonear Mandie, diciendo que quería hablarle.

—¿Y por qué le has dicho que estaba aquí?—replicó José de mal humor.

Pidió un vaso de agua al barman, y con él en la mano, exclamó, contemplando a la linda desconocida, y como hablando consigo mismo:

—Me da rabia haber perdido el tiempo con mujeres como Iris y Mandie.

Y en su delirio por aquella mujer, le dijo a Leo:

—Todo en ella es diferente. Mira cómo se sienta.

—Hombre, la verdad; yo creo que se sienta como todas—respondió Leo.

—No. Hay una distinción en ella que no tienen las demás.

—¡Bonita distinción! No será tan distinguida cuando se cuela aquí sola.

—Ahí, precisamente, está el misterio.

—Viene como todas: a buscar pesca.

—No, Leo. Toda ella dice: "Prohibido".

—Pues mira, ese no piensa como tú.

Un hombre joven, alto, que daba visibles muestras de hallarse embriagado, se acercó a la joven y le preguntó si se podía sentar a su lado.

Ella le volvió la espalda.

—No sea así. ¿Por qué no charlar y beber juntos?—insistió el hombre.

Sentóse el borracho frente a ella. Y al ver esto José, se acercó a la muchacha y le dijo:

—Dispense, señorita. ¿Conoce a este caballero?

—No, señor—respondió ella.

Entonces José cogió por las solapas al beodo y lo hizo levantar, dispuesto a echarlo de allí.

—No; no haga eso—le rogó ella, apiadada del borracho.

Pero José se lo entregó a Leo, para que lo echase.

Y el beodo le suplicó perdón a ella porque tenía que irse... a la fuerza.

—No se ha ofendido usted, ¿verdad?—le dijo ella, arrepentida de que por causa se le despidiera de allí.

Y dirigiéndose a Antón le dijo:

—El pobre debe sentirse muy solo.

—Solo no; borracho, — repuso José, sonriendo.

—¿Y no puede un borracho sentirse solo?
 —Es verdad. No se me había ocurrido.
 —Pues piénselo usted siempre así. ¡No es divertido sentirse solo!—exclamó ella, como nostálgica.
 —¿Se siente usted así?
 Ella se alzó de hombros, con un rictus de tristeza en sus labios.
 José Antón, tímidamente, le expuso su extrañeza de verla siempre sola.
 —Si le gusta estar sola, me iré. Porque... a quien no quiere compañía... ¿Comprende la idea?
 Ella sonrió de verle tan turbado. Y José hacía esfuerzos poderosos, tratando de decir lo que su cerebro sentía, pero ¡expresábase tan torpemente!
 —A lo que voy es a que... si en algo pudiera yo servirla...
 —¡Oh, muchas gracias! Pero, veamos: ¿en qué podría servirme?
 —Esa pregunta... Supongo que será que necesita dinero, y si es por eso...
 —¡Ah! Es usted muy amable—dijo ella, sonriéndole agradecida.
 —No crea. Pero si es que alguno la molesta...
 —Más amable todavía—repuso ella, continuando sonriéndole.
 —¿Qué contesta?
 —Pues contesto que estoy muy agradecida, pero que no necesito nada, señor... ¿Cómo es su nombre?
 —Antón; José Antón.
 —Pues bien, señor Antón. Ni dándome dinero, ni pegándole a nadie me resolvería usted el problema.
 —¿Y qué problema es el suyo?
 —¡Oh! No le interesaría. Pero tal vez sí saber por qué vengo aquí.
 Paseó una mirada nostálgica por todo el ámbito del salón, y declaró, con voz emocionada, sin mirar a Antón:
 —Yo vivía aquí ¡Nací en esta casa!
 —¿Cuándo?—le preguntó, ingenuamente, Antón.
 —Hará... unos sesenta años—respondió ella, sarcástica.
 José rió la ocurrencia.
 —Al menos, eso me parece—añadió ella, con tristeza.
 —¿Cómo se llama usted? — inquirió José, mirándola a los ojos.

—Jerry Healy.
 —¿Soltera?
 Asintió ella.
 José no sabía qué decir. Se hallaba desconcertado. Nunca hubiera podido suponer que aquella deliciosa mujercita fuera la hija de los antiguos dueños de la casa que ahora era propiedad suya. Y sintióse emocionado al comprender la razón por la cual ella acudía noche tras noche allí.
 —Encontrará todo muy cambiado, ¿verdad?—la dijo.
 —¡Mucho!
 José se ofreció para enseñarle la casa, y ella aceptó su ofrecimiento para más tarde.
 Cuando él se marchó, la joven le estuvo contemplando con simpatía, mientras se alejaba.
 Poco después apareció un caballero ante ella, quien al verla experimentó una gran alegría. Y le dijo que llevaba ya tres días buscándola inútilmente.
 La muchacha le dijo que esos tres días los había empleado en reflexionar sobre algo que les importaba igualmente a los dos y le pidió atención para algo que iba a decirle.
 Y habló así:
 —Mire, Dick: Después de haberle correspondido como usted quería, cuando usted se fué, empecé a preguntarme: “¿Por qué no siento la menor emoción?”. Poco a poco resucitó mi pasado en mi mente, y para tratar de revivirlo con mayor realidad, vine hasta aquí.
 —¿Y por qué aquí?—inquirió él.
 —Porque aquí está mi ayer. Volvió a mí ese ayer; me vi junto a mi primer novio; comparé sus sueños de amor con los de usted y... claro, ¡no había comparación! El porqué no lo sé. Pero como quería saberlo antes de verle a usted, vine aquí anteanoche, a que estas paredes me aconsejaran; vine anoche, he venido esta noche... y aún no lo sé.
 —Pues estoy perdido, Jerry. Los sueños de una joven son rivales temibles.
 —No soy tan joven, Dick. He cambiado, lo mismo que ha cambiado esta casa. Mírela usted.
 —¿Qué puedo yo decirle, Jerry?
 —¿Me creía rica?
 —Nunca me importó eso.
 —Pues bien, sí. Era rica hasta hace un mes. Y comprendo

que... es cruel decirlo, Dick, pero no me casaría con usted si aún fuera rica.

—Entonces... ¿es sólo por mi dinero?

Ella le miró fijamente.

—Supongo que sabiendo esto, romperá ahora conmigo.

—Tal vez debiera. Y sin embargo, no romperé. Mañana nos veremos.

—Sí; quizá mañana estaré más segura de mí.

El se puso en pie.

—¿Se queda usted, Jerry?

—Sí.

—Entonces, buenas noches. ¡Ay, si no tuviera usted llena de telarañas esa cabecita!...

—¿Piensa usted quitármelas?

—No soy escoba.

—¿Está usted seguro?

En aquel momento llegó José Antón, quien acababa de prohibir a Leo que echase a un borracho que escandalizaba, porque había recordado lo que le había dicho Jerry: que también un borracho puede sentirse muy solo, y se había sentido caritativo.

—¿Se va usted, señor Bolton? —le preguntó al acompañante de la muchacha.

—Sí, buenas noches —dijo Bolton, marchándose.

—Se va por una escoba —le dijo Jerry a José.

—¿Una escoba?

—Sí, para quitar telarañas.

José se echó a reír, sin comprender.

—¡Pues no lo entiendo! —declaró.

—Muy sencillo, señor Antón; simple efecto de la alegría que se respira aquí. Tome asiento, ¿quiere?

José la obedeció, sumiso.

—Aquí hasta el vino es más vino —dijo Jerry—; y la Ilusión abre sus alas.

—¡La Ilusión! —exclamó José. Y tras una pausa añadió: —Sí, eso me parece todo esta noche: una ilusión. ¡Todo es tan distinto... tan nuevo... como tan lleno de luz... ¿Comprende?

—No. ¿Por qué ha de ser así?

—No lo sé, pero así es.

Una mujer apareció ante ellos. Era Iris, que llegaba con ganas de armar ruido. Pero Leo se hallaba al quite, y se la llevó de allí, refunfuñando maldiciones.

Jerry creyó prudente marcharse.

José la acompañó hasta un taxi.

—¿Vendrá mañana? —le preguntó, junto al estribo.

—¿Mañana?

—Sí. ¿No dijó que quería ver la casa?

—¿Y ha de ser mañana? ¿Es que piensa cerrar?

—¿Quién sabe! Tengo amigos que vendrán cualquier noche...

—¿Y qué?

—¡Oh! Son amigos que gastan revólver.

—Lleva usted una vida feliz, ¿verdad? —le preguntó Jerry, con cierta emoción—. Los piratas de hoy día...

—¿Piratas? Es curioso. Acabo de leer una novela de piratas en que éstos roban infinidad de mujeres...

Jerry se echó a reír.

—¿Mañana? —inquirió él, con ansiedad.

—Sí.

—¿A cenar?

—Bueno.

José estrechó la mano breve de la joven.

—Tiene usted una amabilidad que no debe perder nunca —le dijo Jerry—. La de no ser como todos.

—¿De veras?

—Sí; no sé precisamente en qué consiste, pero es algo que emociona.

—¡Ah!

—O quizá sean figuraciones mías.

IV

José Antón dispuso una cena espléndida. Y por su parte, para causar buena impresión en el ánimo de la muchacha haciendo que ésta le creyera una persona muy culta y distinguida, invitó a la cena a la Jellyman, para que le ayudase en los trances difíciles, hablando de cuestiones de alta política y de sociología.

La señora Jellyman llegó imponente de ridicule. Había vaciado el armario y se había puesto todo lo que había encontrado de algún valor, vestigios de una pasada opulencia.

José le advirtió que cuando él le hiciera una seña, ella debía marcharse y dejarles solos.

—¡Ay, señor Antón! ¿A mi casa?—inquirió la buena mujer, a quien no le hacía ninguna gracia que la sacasen de allí, con lo bien que estaba.

—No, no; a otra mesa—la tranquilizó José. Leo se encargará de atenderla durante el resto de la noche.

Al aparecer Jerry en el salón, José echóse a temblar como un colegial.

—Ahí... ahí viene ya—balbuceó.

La señora Jellyman le recordó cómo debía saludarla. Pero cuando José tuvo ante sí a la preciosa muchacha, se olvidó de todas las instrucciones de su profesora, y la saludó a su manera, diciéndole:

—¡Hola! ¡Caracoles y qué guapa viene usted hoy! Llega usted a punto de caramelito.

La señora Jellyman quería conservar su dignidad, pero quiso la casualidad que esa dignidad pasara por un trance grotesco, pues sin querer Jerry le dió con una mano a una copa de agua que se derramó sobre la profesora.

Esta y su discípulo comenzaron a hablar de Carnegie y de la conferencia de Lausana, opinando José que a las naciones les faltaba la "clara visión de las cosas", que él tenía, y que "hablando se entiende la gente, y las naciones también".

Esta charla le resultaba muy divertida a Jerry por lo imprópria que era de aquel lugar y de un hombre como José.

V.

Entretanto, seguida de una corte de admiradores, acababa de llegar al establecimiento Mandie, una antigua amiga de José, la cual pretendía ver a éste.

Leo, presagiando la que se avecinaba, fué hasta la mesa de José y le entregó un billetito en el que decía:

"Mandie está aquí. Quiere verte. ¿Qué hago con ella?"

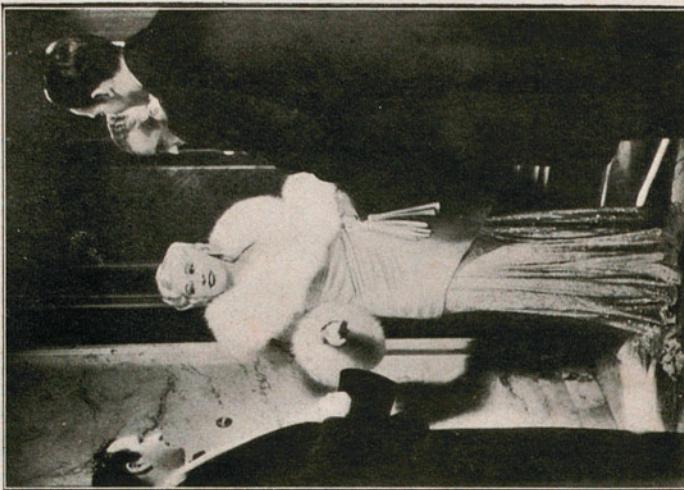
—Diga a ese caballero que le veré mañana—manifestó José, para disimular.



—Pero tú me querrás siempre, ¿verdad, José?



—Sí, eso me parece todo esta noche; una ilusión.



Seguida de un cortejo de admiradores, acababa de llegar Mandie.



Iris consiguió, a fuerza de súplicas, que Leo la soltase.



Sacó del monedero una pistola...



Jerry volvía a contemplar, emocionada, la que había sido su alcoba.



—Por eso he venido; ¡porque te quiero!



Mandie y la Jellyman llegaron en tan oportuno momento. ...

Pero no había salvación. Mandie se presentó ante ellos, con simpática desenvoltura, diciendo:

—¡Aquí estoy! Bésame, simplón.

Y sin que nadie lo pudiera evitar, dió un beso a José, que había quedado de mármol.

Mandie era un torbellino, lo mismo cuando hablaba que cuando pensaba o ejecutaba alguna acción.

—Déjame que te mire bien. Pareces otro. ¿Quién es tu sastre ahora? Y éstas, ¿quienes son?

—La señorita Healy, la señora Jellyman—le presentó, tímidamente, José.

—Encantada. Servidora es Mandie Triplatt, de los Triplett de Kentucky. ¡Eh, mozo! Una silla, zoquete. Este servicio es detestable.

—¿Ha cenado usted ya?—le preguntó, amablemente, Jerry, a quien este carácter de mujer le había sido muy agradable.

—Sí, y opíaramente. Pero puedo beber algo — respondió Mandie.

La señora Jellyman comprendió que aquella hembra lo iba a echar todo a rodar y volvió a hablar a José de política internacional, para ver si así lograba alejar el nublado, preguntándole su opinión sobre el Plan Quinquenal.

—Pues... depende, señora Jellyman—respondió José—; si la conferencia bolchevique...

—¡Bolchevique! Pero José, ¿hasta eso eres ahora?—le preguntó Mandie, asombrada.

Y se puso a recordar cierta noche en que unos pistoleros quisieron asesinar a José, quien, como ella, había bebido demasiado, por cuya causa armaron un escándalo fenomenal que tuvo una magnífica apoteosis en la Comisaría.

La Jellyman vió que todo estaba perdido; que la comedia que habían urdido para nada servía ya. Y quizá para olvidar su fracaso se puso a beber en compañía de Mandie, y poco después los dos habían cogido la gran borrachera.

Jerry se divertía viéndoles discutir las cosas más absurdas.

José la invitó a ver la casa, como le tenía prometido. Y ella sintió más dolor que alegría viendo los rincones tan queridos, convertidos en salas de baile y de recreo.

Estaban viendo lo que antes había sido salón de música, transformado en pequeño dancing, cuando llegó Leo y le dijo en voz baja a José, que había llegado Frankie Guard, solo.

El joven le rogó a Jerry que le aguardase un momento, y él marchó con Leo, el cual, durante el camino, le dijo que no vendiese el negocio.

—Sé lo que pretendes, José, y eso no puede ser. Cada oveja con su pareja.

—¿Y qué sabes tú cuál es mi pareja?—replicó José.

La oferta de Frankie Guard era razonable. El pedía doscientos cincuenta mil dólares y Frankie le daba doscientos mil.

—¡Aceptado!—dijo José, estrechándole la mano. Adiós.

—Espérese. Tiene que firmar el contrato—le dijo Guard, al ver que se alejaba, presuroso.

—No hay tiempo ahora. Firmaré mañana—respondió José, subiendo la escalera.

Al tropezarse con Leo adivinó que éste hallábase malhumorado por la venta de aquel negocio. Pero cuando Leo supo, por boca de José, que éste no le pensaba abandonar y que de la venta le daría a él veinticinco mil dólares, abrazó a su camarada con entusiasmo.

Al cruzar un salón, vieron que Iris había cogido por su cuenta a Jerry y la amenazaba si no dejaba en seguida a José.

—¡Echala!—ordenó éste a su amigo y lugarteniente.

Y mientras Leo cogía por un brazo a Iris, José alejóse de allí con Jerry, a enseñarle lo que había sido antes alcoba de ella y ahora lo era de él.

Iris consiguió, a fuerza de súplicas y de prometer que no daría ningún escándalo, que Leo la soltase. Ella se iría voluntariamente. Pero en cuanto Iris se vió libre, en lugar de tomar la puerta, volvió a subir al primer piso, y en un rincón sacó de su monedero una pistola, la cargó y se la ocultó bajo el echarpe de su vestido.

Entretanto, Jerry volvía a contemplar, emocionada, la que había sido su alcoba. Esta había variado poco. Los muebles eran los mismos, sólo que la cama estaba en otro sitio, en lugar de estar junto a la ventana, por la que, en las noches de luna, entraba la luz de ésta y ella se imaginaba que el claro de luna era un mar por el que bogaba románticamente. Además, había una infinidad de cuadros, muy malos, en lugar de aquella única copia de un Rembrandt, que ella tenía.

—Hay dieciocho—manifestó José, con orgullo. Y tendría siete más si no hubiera llegado tarde a la subasta.

—Tal vez fué mejor que sucediera así—expresó Jerry, irónica.

VI

Se oyó un fuerte portazo y la muchacha dió un grito al ver ante ellos a Iris Dawn, que les amenazaba con una pistola.

Su ceño era sinistro y encajaba los dientes con rabia.

—¿Qué buscas aquí?—le preguntó, enérgico, José.

—¡A ti!—respondió ella—, Que a mí no me humilla nadie. ¡Nadie!

Y haciendo un movimiento con la pistola, para indicar a Jerry que se apartase, dijo:

—¡Quítese usted de en medio! Y tú, José, acércate.

José no se movió.

—Sin mí no hay fiesta de ninguna clase para ti, ladrón. ¡Mío, o de nadie!—siguió Iris, entre dientes. Y encarándose con Jerry, que la miraba aterrada, le dijo:

—Sí, sí; haga usted aspavientos. Le prometo que verá ahora algo que no ha de olvidar en su vida.

José sonreía, irónico.

—Vaya, vaya! ¿Conque es Iris, alias la Pistoler?—dijo.

—¡Vas a morir, José!

La advertencia no intimidó al joven, quien prosiguió:

—Sí, señor... Iris, que trata de asustarme. Pero no se preocupe usted, señorita Healy, que esto no pasará de un mal sainete.

—¿Eso crees? Pues entérate de que sólo te quedan diez segundos de vida?

—¿Nada más? Hazme el favor, entonces, de contarlos bien, ¿quieres?

—Descuida. Y empiezo a contar ahora mismo.

Lentamente, con estudiada saña, Iris comenzó a contar.

—Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis...

—¡No, Leo, no! ¡No la mates!—gritó José.

Iris cayó en la añagaza, volviéndose rápida, creyendo que, en efecto, Leo trataba de agredirla por la espalda. Y José aprovechó este momento para lanzarse sobre ella y cogerla por la muñeca.

No obstante, el tiro sonó y la bala desviada fué a romper el espejo del tocador a tiempo que Jerry gritaba, espantada.

José desarmó a la fierecilla, forcejeando con ella.

Al ruido del disparo, penetró Leo, como una flecha.
 —Telón, y ni un aplauso. ¿No le dije yo? —dijo José.
 Iris, lloriqueando, le juró que no sabía lo que hacía. Leo miraba a José, sin comprender.
 —Cosas de Iris, la Pistolera—le aclaró José.
 —¿Conque tú?... — exclamó Leo, mirándola, indignado—. ¡Ganas me dan de tirarte por la ventana!
 —No lo hagas, Leo. Podría también sentirse sola—dijo José, socarrón.
 —¡Hemos concluído! —bramó Iris—. ¡Un sinvergüenza como tú no merece que una mujer pueda penar por él! ¡Arrastrado!
 Leo se la llevó de allí a tirones.
 José descargó la pistola, y la echó, con el cargador, en un cajón de un secreter.
 —Siento lo ocurrido—le dijo a Jerry.
 Esta, que lo había estado contemplando con verdadera admiración, contestó entusiasmada:
 —No, no. Me ha encantado. ¡Pirata!
 Y en un irresistible arrebato, le dió un beso apasionado a José, y después huyó, presurosa.

VII

Leo, cayéndose de sueño, le llevó a José el café que le había pedido.
 Cuando entró en el cuarto de su amigo, se sorprendió de verle junto a la ventana, contemplando la luna.
 —¿Pero es que estás chiflado o quieres volverte lunático en esa ventana? —le preguntó.
 —¡Leo! ¡Me besó! —fue la respuesta de José.
 —Ya me lo dijiste—replicó Leo, de mal talante.
 —Pues te lo digo otra vez. ¿Te disgusta?
 —No; pero tengo sueño.
 —¡Ella me quiere!
 —¿Cómo lo sabes?
 —¿No te digo que me besó?

—Eso no prueba nada.
 —¿Cómo que no?
 —Puede haberte besado por besar.
 —La que besa, quiere.
 —Sí. Puede querer besar y no querer al que besa.
 —¡Qué sabes tú de eso!
 —Tienes razón. Nadie me ha besado nunca. Pero apuesto diez dólares a que no la ves más.
 —¡Los perderás!
 —Sí; yo perderé diez dólares, pero tú has perdido el juicio.
 Y Leo se marchó a dormir en un sofá del salón, pues su cama hallábase ocupada por Mandie Triplett y por Mabel Jellyman, que dormían en ella la borrachera.

VIII

Cuando Leo se despertó, ya por la tarde, le dolían los riñones terriblemente.

Le llamaron por teléfono. Era Mandie, que pedía un medicamento para que acabase de pasársele a la Jellyman el malestar que le había dejado la colosal curda pescada la noche anterior.

—Dame el bromo seltzer—le pidió al barman.

Cuando entró en su cuarto vió a la señora Jellyman tendida en su cama y a Mandie poniéndole una bolsa de hielo en la cabeza.

—¿Hasta cuándo piensan ustedes quedarse aquí? —les preguntó, malhumorado.

—Esa pregunta es muy difícil de contestar, joven—respondió la profesora de José, con una voz que parecía salir de una tumba.

—¡Es que necesito mi cama! —manifestó Leo, y se marchó, dando un fuerte portazo.

Mandie le administró a la Jellyman el remedio que habíale llevado Leo.

De pronto la profesora se incorporó asustada en el lecho, porque acababa de acordarse de que tenía que dar una clase de Eco-

nomía política por la mañana. Y al enterarse por Mandie que eran las cuatro y media de la tarde, se llevó las manos a la cabeza, horrorizada. La echarían de la escuela si la directora se llegase a enterar de lo que había pasado aquella noche.

Mandie se echó a reír.

—No te rías—protestó la maestra, levantándose de la cama—; no es cosa de risa, Mandie. Yo me gano la vida con eso.

—¿Con eso? Pues mira; estás perdiendo el tiempo lastimosamente. En mi profesión ganarías muchísimo más.

La señora Jellyman quedó estupefacta.

—¿En tu profesión? ¿Pero es que sirvo yo acaso para eso? —le preguntó compungida.

—¡Claro! ¿Por qué no? Y te advierto que es una de las profesiones mejores y más descansadas que hay.

Anonadada, confundida, la señora Jellyman balbuceó:

—Sí, sí, desde luego; tu profesión ejerce una gran influencia en el mundo civilizado. Es evidente que, en cierto modo, protege a las hijas de familia... Y ha habido mujeres que, como Cleopatra... o la Du Barry, han ejercido una influencia poderosa en la Historia. ¡Pero yo...! ¿Te parece a ti que yo... a mi edad?

Mandie la miró altanera y le dijo:

—Oye, tú; ¿pero qué profesión te has creído que es la mía?

La señora Jellyman comprendió que había dado un paso en falso y le rogó que cambiaseen de conversación.

—Tú no me has entendido—le dijo Mandie—. Yo tengo un circuito de salones de belleza.

—¡Acabáramos! Pero, ¿qué papel haría yo en eso?

—¡Un gran papel! Recibirás la clientela. Dentro de unos días inauguro un nuevo *Austité de Boté*, como le llaman en francés, según parece, ¿sabes? Y quiero una mujer distinguida y seria como tú. Te pagaré cien dólares semanales y...

—¿Cien dólares?—preguntó la Jellyman, creyendo que soñaba.

—Sí, cien dólares y un tanto por ciento de las ganancias. ¿Qué contestas?

—¡Mandie! ¿Pero serás capaz de hacer eso?

—Eso... y hasta volverte rubia haré por ti.

La Jellyman sintió que le volvía el mareo, de tanta felicidad, y pidió nuevamente el remedio contra él.

IX

José Antón removió cielo y tierra para encontrar a la señorita Healy. Y al fin, por mediación de un detective, logró hallar su domicilio y seguidamente se encaminó a él, ya de noche.

La casa era pequeña, pero estaba puesta con lujo y refinado buen gusto.

Jerry demostró gran sorpresa al verle.

—¿Ha tenido usted alguna nueva aventura emocionante? —le preguntó, afectuosa.

—No he tenido más aventuras, pero sí estoy emocionado —respondió José, mirándola a los ojos.

—¿Qué le emociona?

—Lo que miro.

Ella no se dió por aludida.

—¡Ah, sí!—dijo—. Todo esto es interesante; pero no tiene comparación con aquello. Venga usted.

Jerry le condujo hasta un gran ventanal.

—Desde aquí se ve la bahía—le dijo, apartando las cortinas.

José Antón estaba nerviosísimo. Había ido allí para confesarle su amor a aquella mujer, y ahora que la tenía en su presencia sentíase coartado y no sabía cómo decírselo.

—Esta alcoba es superior a la otra—balbuceó—. Apuesto a que se llena de luna también.

Ella se alzó de hombros, con indiferencia.

—Supongo que sí—dijo—. Pero ya no me hace soñar, como en otro tiempo.

José descubrió el retrato de un hombre que le era conocido.

—Es Bolton, ¿verdad?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y ese también?—inquirió, señalando otro, en el que Bolton aparecía vestido de polista, junto a un caballo.

—Ajá!—hizo ella.

—¿Conoce a Bolton hace mucho? —le preguntó con cierta tristeza.

—Por supuesto—respondió ella; y le preguntó jovialmente:

—¿Qué me cuenta de sus amigas las señoritas Jellyman y Tri... Tri... ¿Cómo es?

José no le respondió. Absorto habíala estado contemplando, admirado de su gracia y de su belleza. Y sin poderse contener, arrebatado por un impulso irresistible, como ella la noche anterior, la cogió entre sus brazos y aplastó sus labios en los de ella, en un beso tortuoso y deliciosísimo.

Ella pugnaba por desasirse de su abrazo, indignada, golpeándole con fuerza en el pecho.

—¿Cómo se atreve usted?—le dijo, sorprendida y disgustada, al soltarla José.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó él, lleno de asombro.

—Pues que... no me esperaba esto de usted—repuso ella, con dignidad.

—¿Le parece raro?

—¿No lo es?

—¡Cómo! ¿No me besó usted anoche?

—Sí... le besé. Pero anoche estaba emocionada; no supe lo que hacía—declaró Jerry, con un gesto de disgusto.

José Antón creyó comprender. Había sido juguete de una mujer, de una coqueta de la cual había cometido la tontería de enamorarse.

—Conque emocionada, ¿eh?—le dijo, con reticencia.

—Sí.

—¿Y eso fué todo?

—¡Naturalmente! ¿Qué pudo usted creer que era?

—Se lo diré francamente: creí que ese beso fuera amor. ¡Ya ve usted lo tonto que soy! Y lo que es peor... vine aquí a proponerle matrimonio.

—¡Oh! Perdóname.

El se encogió de hombros.

—No hay por qué afligirse. ¡Ya lo veo bien claro! Usted me besó lo mismo que habría besado a otro.

Jerry quiso protestar, pero él se lo impidió, prosiguiendo:

—En todo caso, su beso no valió nada. ¡No hay duda de que los piratas de hoy en día son bastante tontos!

Y cogiendo su abrigo y su sombrero, le dijo:

—Usted lo pase bien.

Ella le detuvo.

—¡Señor Antón! Dispénseme... No sé qué decirle... Yo no querría que me guardara rencor...

—Pírdea cuidado—repuso él, sonriendo con amargura—. Espero que irá usted a visitarme alguna vez...

Jerry movió negativamente la cabeza.

—Eso, quizás no—dijo—. Bolton y yo nos vamos el jueves a Europa.

—¿A Europa?

—Sí; en viaje de novios.

Bajó la cabeza José, anonadado.

—No sabía que estuviese enamorada de él—murmuró.

—Es que no lo estoy.

—Entonces, ¿por qué se casa con él?

Jerry guardó silencio.

—Supongo que no será por interés.

—¡Y qué! ¿Le sorprendería que así fuese?—preguntó, irritada.

—El dinero lo suple todo y él lo tiene a montones. Hay que felicitarla a usted—manifestó José, tratando de ocultar en el sarcasmo su desengaño.

—Cree que él vale sólo por su dinero?

—¡Psé! Nada tengo que decir de él. Será usted muy feliz, pues tendrá lo único que ambicionaba.

Jerry exaltábase por momentos.

—Pues qué era lo que yo debía ambicionar? ¿El amor de usted?

—Vamos, vamos; no se ponga usted así. No hay que hacerme caso, ¿comprende? Era, sencillamente, que yo estaba creído de que había en el mundo algo que valía realmente la pena, y ahora me he convencido de que me hallaba equivocado.

—¡Eso... lo dirá usted por mí, claro está!—exclamó Jerry, crispando los puños.

José parecía no afectarse.

—Lo digo porque... según la veo yo ahora, me parece usted una mujer como Iris y como tantas otras.

La indignación de la joven estalló al oír estas palabras. Hecha una verdadera furia, le gritó, agitando fieramente la cabeza:

—¿Cómo se atreve a hablarme así? ¡Estúpido! ¡Grosero!

—Pues mire usted—repuso José, flemático—; me atrevo porque... vamos, porque sólo siento desprecio por usted.

—¡Desprecio!!

—No; ni siquiera eso. Usted y nada es lo mismo para mí. Si yo fuera un pirata, como usted me llamó, ni para mis mariñeros la querría yo a usted.

La indignación de la joven llegó al paroxismo.

—¡Salga de aquí! ¡Salga de aquí en seguida!—clamó, indicándole la puerta.

José sonrió, despectivo.

—Está bien. Adiós.

Y se marchó, royendo su propio dolor y su desengaño.

X

Cuando llegó a su casa se encontró en ella a Frankie Guard y a sus dos compinches.

Frankie venía dispuesto a formalizar el traspaso del negocio. Y con el estupor que es de suponer, escuchó de labios del propio José Antón, la declaración de que no vendía su establecimiento.

—¡Cómo! ¡Tengo su palabra, José!—le advirtió el matón.

Sonrió José.

—¿Es que trata usted de darme lecciones de caballerosidad, Frankie?

—¿Y usted quiere que le haga cambiar de tono?

Advirtió José que los secuaces de Guard llevábanse las manos a los bolsillos del gabán.

Sin intimidarse, les ordenó:

—¡Fuera del bolsillo las manos!

Los otros le obedecieron. Era que tras ellos se hallaban Leo y Blainey, dispuestos a todo.

Viendo la cosa mal parada, Frankie Guard se contentó con lanzar esta amenaza:

—Está bien, José. No durará usted mucho tiempo aquí.

—¿Qué pretende usted? ¿Asustarme?

—No; ya lo sabrá usted.

José Antón le miró con desdén.

—Perfectamente. Esperaré con paciencia.

Y mientras se encaminaba a los pisos altos de la casa, le dijo a Blainey:

—Que los dejen salir en paz, Blainey.

Leo no tuvo que preguntarle nada a José para comprender lo que había pasado entre éste y Jerry. Su decidida actitud de no vender el negocio después de haber pensado deshacerse de él lo antes posible, era bien elocuente.

—Te dió calabazas, ¿eh?—le dijo a su amigo, con una cara propia de las circunstancias.

Aparentando indiferencia, contestó José:

—Poco importa. ¿Pagó ya Hennesey?

Leo le dió una palmada en la espalda.

—¡Así me gusta!—dijo—. El negocio antes que ella, ¿eh?

XI

Encontró a Mandie con Mabel Jellyman, bebiendo ambas en el mostrador del bar.

José bebió con ellas.

La Jellyman le dijo:

—Aunque ya he cambiado de posición, por deferencia a usted, señor Antón, seguiremos dando las clases.

—Ya no hará falta—murmuró José, con la vista fija, sin ver, en un punto determinado.

Mandie, siempre bulliciosa, le dijo a su amiga:

—José tiene razón, Mabel. ¿Par qué quiere parecer un caballero?

Y abrazándose a José:

—Ni falta que nos hace ni a ti ni a mí parecer un caballero y una señora, ¿verdad, tú? ¡Vamos, ánimate, simplón!

Pero el fracasado José no estaba de humor para nada, y dejando a sus amigas trató de buscar olvido a sus preocupaciones amorosas ocupándose de su propio negocio; y así, se encaminó a la cocina, a repasar los pedidos de géneros hechos últimamente.

No sabía que, entretanto, Leo tenía un encuentro al pie de la escalera que le hizo ni pizca de gracia, pero que a José hubiera colmado de ventura: Jerry.

—¿Dónde está Antón?—le preguntó secamente la muchacha al camarada de José.

—¿Antón? Por ahí anda—contestó Leo, sudando tinta—. ¿De sea usted algo?

—Sí: verle.

—Pues... pues ya lo buscaré. Siéntese usted.

—¡No quiero!

—Pues aguarde en pie, entonces.

—Haré lo que quiera. ¡Ni él ni nadie me ofende ímpunemente!

Y dióse a buscarlo, nerviosa, por algunos sitios de la casa.

Leo, que sabía dónde se encontraba el patrón, fué directamente a la cocina, y le dijo:

—Si algo malo te pasa, ¿quieres que avisemos a tu tío?

José creyó que se trataba de una broma de su amigo, relacionada con la amenaza de Frankie Guard, y le respondió de mal talante:

—¡Déjame en paz!

—¿Sí, eh? Pues abajo te espera la guerra.

José dejó de repasar facturas y de extender cheques para mirar a su amigo, interrogándole con la mirada.

Leo hizo un signo de afirmación.

—¿Quién es?—le preguntó José.

—¿Quién va a ser? La señorita Healy. ¿La has visto furiosa alguna vez? ¿No? Pues entonces no sabes lo que es canela fina.

José no le oía ya.

Al escuchar el apellido de ella, dejó cuanto tenía entre manos y salió como una exhalación de la cocina, hacia el hall, en busca de ella, sin saber que acababan de cruzarse ambos al atravesar un salóncete. ¡Tan ciegos iban!

XII

Jerry estaba furiosa contra aquel hombre que había osado insultarla en su propia casa y de forma tan grave.

Desearía vengarse de él, y hasta que no consumase su venganza, fuera esta cual fuese, no pararía.

Odiaba a José. ¡Sí! ¡Lo odiaba! Aunque no sabía por qué.

Dispuesta a pedirle explicaciones, llegóse a la alcoba que antes había sido de ella y que ahora le parecía profanada porque la habitaba aquel sujeto que la había humillado con su desprecio.

El no estaba allí.

Pero los cuadros, aquellos cuadros horribles que afeaban las paredes, ¡aquellos sí que estaban, retándola insolentes con sus colores estridentes, de mal gusto!

Y Jerry halló en ellos la válvula por la que pudo dar suelta a la ira que la dominaba, arrancándolos con saña y rompiéndolos uno por uno, haciendo saltar en mil añicos sus cristales.

En poco tiempo la alcoba de José quedó convertida en un campo de batalla, llena toda ella de cristales rotos y con todos los muebles en espantoso desorden.

Jerry parecía imbuida de un furor satánico.

Daba miedo verla con la cabellera revuelta, los ojos desorbitados, encajados los dientes, respirando con fatiga... y sembrando la destrucción a su alrededor.

Antón, que andaba loco buscándola por toda la casa, oyó por casualidad el ruido de aquel estropicio y corrió a su alcoba, en donde encontró a la angelical povencita transformada en furia del averno, destrozándolo todo.

Y aunque ello parezca un absurdo, a José le produjo una inmensa alegría contemplar aquel destrozo porque éste evidenciaba que no era indiferente a Jerry. Si lo hubiera sido, ella no se hubiera molestado en tal cosa.

—No lo hace usted mal—le dijo desde la puerta—. No se interrumpe por mí.

La muchacha avanzó hacia él, centelleándole los ojos.

—¿Lo ve usted? ¡Era verdad!—gritó.

José la miró sin comprenderla.

—No entiendo—le dijo—. ¿A qué se refiere usted?

—A que era verdad todo lo que usted dijo de mí. ¡Qué yo no valía ni para los marineros, que soy como Iris! ¿Se convence usted? ¡Mi presencia aquí lo demuestra!—exclamó ella, hablando el despecho por su boca.

—No; lo que demuestra es otra cosa—manifestó José sonriente. Demuestra que usted es una dama y... que me quiere un poco.

—¡Miente usted! ¡Estúpido! ¡Vanidoso!

—¡Bah! ¿Estaría aquí si no me quisiera? Este destrozo que ha hecho es un modo de decírmelo.

Ella procuró mostrarse despectiva.

—Me está usted desilusionando—le dijo.

—Sí, la estoy desilusionando porque hablo... y usted no ha venido para oírmе, ¿verdad? Usted ha venido buscando otra cosa. Y al decir esto, José Antón la aprisionó entre sus brazos.

—¡Suélteme usted!—gritó ella, golpeándole irritada.

—¡No! Esto buscaba usted.

Sus labios se fundieron con los de ella en un beso torturador.

Jerry aun trató de resistir, pero acabó abandonándose a la dulce caricia.

Un estrépito enorme mezclado con ruido de disparos llegó hasta ellos.

Leo penetró veloz en la alcoba.

—¡Ha llegado Frankie Guard!—manifestó.

Tras de Leo entró Blainey.

Rápido José abrió el armario en que tenía las armas y le entregó una carabina y una pistola a cada uno.

Leo y Blainey salieron corriendo, a hacer frente a los camorristas, que sólo pretendían sembrar el pánico y darle una lección a José.

Este cogió dos pistolas y corrió a unirse a los suyos.

Pero Jerry le cortó el paso colocándose ante la puerta con los brazos extendidos.

—¡No vayas, José! ¡Por Dios, no vayas!—le suplicó.

El trató de apartarla, forcejeando con ella. Mas la muchacha se colgó a su cuello y con lágrimas en los ojos le imploró:

—¡No vayas, tú no debes ir porque... porque te quiero! ¡Te quería sin saberlo, José!

—¡Jerry!

—¡Sí! Tenías razón, por eso he venido, porque te quiero. ¡Te adoro, José!

Los brazos de él cruzáronse amorosos sobre la espalda de ella en un emocionante abrazo a pesar de que las manos sostenían cada una una pistola. Y las bocas volvieron a unirse.

Mandie y la señora Jellyman llegaron hasta allí, huyendo de lo quemá.

Leo gritó desde lo alto de la escalera:

—¡José, José, ven, que estos energúmenos no dejarán un mueble sano!

José Antón se echó a reír y respondió:

—¡Qué narices! Diles que están destrozando lo que es suyo.

—¡Ay, señor Antón! No diga usted “¡qué narices!”—le corrigió la Jellyman.

Mandie le dió una palmada en el hombro a su amiga y le dijo sonriendo:

—Déjalo, Maber, no te preocupes por eso, que ya le enseñará ella a hablar por lo fino, ¿verdad, tórtolos?

FIN

Números publicados:

REINA EL AMOR, por Claudette Colbert y Frederich March, etc.
 EL PODER Y LA GLORIA, por Colleen Moore y Spencer Tracy.
 LA VIDA EMPIEZA, por Loretta Young, Tommy Brown, etc.
 SU ULTIMA PELEA, por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc.
 JUSTICIA DIVINA, por Charles Laughton, Maureen O'Sullivan, etc.
 TIERRA DE PASIÓN, por Clark Gable, Jean Harlow, etc.
 CONGO, por Lupe Vélez, Conrad Nagel, etc.

Próximo número:

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

LA CIUDAD DE CARTÓN

por Catalina Bárcena, Antonio Moreno, etc.

HONDURAS DE INFIERNO

por Walter Huston, Madge Evans, etc.

DOÑA FRANCISQUITA

por Raquel Rodrigo, Matilde Vazquez, etc.

EL CAFÉ DE LA MARINA

por Rafael Rivelles, Gilberta Rougé, etc.

EL AGUA EN EL SUELO

por Maruchi Fresno, Luis Peña, Nicolás Navarro, etc.

El boxeador y la dama

por Myrna Loy, Max Baer, Primo Carnera, etc.

ESCLAVOS DE LA TIERRA

Richard Barthelmes, Bette Davis y Dorothy Jordan

2 MUJERES Y 1 DON JUAN

Consuelo Cuevas, Mapy Cortés, Joaquín Bergia, etc.

ALMA DE BAILARINA

por Greta Garbo y Clark Gable,

YO HE SIDO ESPIA

por Madelaine Carroll, Herbert Marshall, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Paseo de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.



E. B.

Preço: **50** céntimos